

De noche la señalan los faros.

A las cuatro se repite la escena del almuerzo. Paso una hora en el puente; después juego al *tute* con el maquinista, Saturnino Suárez, y con nuestro mayordomo, el insigne Corsino, gran tintero, gran políglota, gran revolucionario, en sus ratos de mal humor—lo tiene cuando pierde—, y sus miajas de escritor socialista, en sus minutos de ocio. Como somos amigos íntimos, me lee el hombre sus cuartillas. Yo las oigo y hasta las aplaudo.

A las ocho... Recostado contra la borda, evoco recuerdos, concibo esperanzas, sueño, con los ojos de par en par abiertos sobre el abismo verde, que espumea á mis pies, bajo el abismo azul, que flota sobre mi cabeza. Allá van las olas. ¿Quién sabe en qué playa les tocarán morir? Allá van las estrellas fugaces. ¿Quién sabe en qué punto del cielo se eclipsará su estela? Allá van los pensamientos míos... Tras ellos, voy yo, todo entero... ¿Dónde vamos en esas horas? Ni yo propio lo sé.



El pontón.

A la puerta del colmado andaluz, embutido el cuerpo en frailuno sillón, que enfrenta con el mar, pasa una hora y otra hora el viejo de los cabellos blancos y de las aborascadas patillas.

Frente á él, encima de una mesa, humea la taza de café ó lagrimea la copa de Ginebra.

Bajo la marquesina de cristales, está la mesa, á la parte afuera del establecimiento. Aquel anciano no gusta de emparedarse y entecharse, aspirando aire enrarecido por el vaho de cien respiraciones. Plácele una atmósfera franca, impregnada en las partículas salinas, que recoge la brisa de la bahía gaditana:

plácele tener ancho cielo y mar ancho delante de los ojos.

A mediodía se le ve ir camino del colmado, con infirme y lenta andadura. Su cuerpo alto, huesudo, encorvado por la pesadumbre de la edad, se apoya en un bastón; sus piernas se arrastran, abriéndose en ángulo; sus pies tantean la tierra antes de hacer firme. Una gorra azul, con visera de hule, se ciñe á sus cabellos; un gabán, del mismo color que la gorra, descuelga por sus hombros; la camisa es de cuello bajo; los zapatones, de orillo, para defensa del reuma.

En el cutis rugoso y atezado del viejo, crecen las patillas al libre; sus ojos brillan penetrantes bajo los cejales cerdosos; una pipa baila entre sus labios, y un cadenón de plata, contra los botones del chaleco.

Ochenta años cuenta el anciano. Va para diez, según informes que proporciona á mi curiosidad el dueño de la tienda, que todos los días, á hora igual, siempre solo, llega cerca del velador y toma asiento en el sillón frailuno. Apura, de arriba, su taza de café, y luego,

espaciándolas mucho, copitas de Ginebra, que él mismo sirve del caneco, que le presenta el mozo.

Así está desde mediodía hasta que el sol desaparece. Serenos ó lluviosos los días, fríos ó apacibles, el viejo no falta de su sitio. A nadie habla, de nadie admite conversación tampoco. Silencioso y huraño, caída la cabeza contra el respaldo del sillón, sujeto entre las rodillas el cayado, humeante en su boca la pipa, dirige al Océano sus ojos, que guiñan bajo el matorral de las cejas.

Es un marino, á quien años y fatigas inutilizaron para la brega. Durante casi medio siglo la mantuvo, recorriendo todos los países, arrostrando todos los climas, desafiando tempestades y calmas desde la cubierta de un velero.

Sin mujer, sin hijos, sin lazo alguno que le hiciese la tierra amable, desembarcó una noche de temporal en la bahía gaditana, huyendo al naufragio. El velero quedó hecho astillas sobre las peñas de la costa.

Treinta años hacía que era su casa el bre-

gantín. Con él se hundieron bajo el agua ó se estrellaron en las rocas sus compañeros únicos. El marino, superviviente solitario de aquella catástrofe, halló asilo en su pueblo natal. A Cádiz le devolvió, viejo é inútil, el Océano, que le sacará de Cádiz joven y vigoroso.

¿Cómo vive? Pocos lo saben. Ninguno trata de averiguarle domicilio y hacienda: seguramente, en alguna casita humilde, con azotea que deje ver la mar; probablemente, de algunos ahorros que, entre viaje y viaje, pudo remitir á su patria.

En los buenos días, cuando el Océano se tiende manso hasta los confines del espacio, ó se destrenza en inofensivos rizos de plata, el viejo marino le sonríe con sonrisa de amante que ve á su hembra entregársele placentera, puesto el deseo en las pupilas y el querer en el alma.

En los días malos, cuando el mar se torna sombrío, y las olas se encrespan, y el viento gruñe, y las nubes escupen la centella, el marino se endereza sobre su sillón, en actitud de reto, afirmándose con un brazo, empuñando

el bastón con otro, con trayendo imperiosamente la boca, lanzando por los ojos chispas.

Se conocen de otras épocas el anciano y el mar. Durante ellas trató el marino como un amante al Océano en sus horas de placidez y de bondad; peleó con él, de fiera á fiera, en sus horas de exterminio y de rabia.

Hoy, ni combatirlo ni gozarlo. Sólo mirarlo, desde lejos; sólo poseerlo con la imaginación.

Recostado en su asiento, con la venerable cabeza caída contra el respaldo del frailuno sillón, inútil de piernas y de brazos, amarrado á la mesa, me parece el viejo marino uno de esos barcos que navegaron por todos los mares y que, por inservibles ya, destinanse á pontones para que se pudran poco á poco en los puertos.

¡Viejos pontones, los buques que llegan á vosotros os traen el recuerdo de los mares lejanos, de las épocas en que navegábais por ellos, tendidas las velas, tajante la roda, volteante el timón!... También les ofrecéis vosotros imágenes de los pasados días, recuerdos de vuestras derrotas y de vuestros triunfos.

Como vosotros, el viejo del frailuno sillón, recoge de las espumas oceánicas las historias marineras del hoy y se las paga con las memorias de un ayer, que se transparenta en sus ojos verdes y profundos, como el mar que desde la tierra acarician...



El mar azul

Se dibuja hacia el fondo, en la desembocadura del Estrecho, como una gran mancha lapizlázuli. Es el Mediterráneo, el mar que, en divinas estrofas, cantaron los poetas del Lacio y de Hellenia; el mar de la civilización, ensalzado por Castelar en sus inmortales discursos.

A su encuentro emproa el *Felisa*, dejando por la popa el Gibraltar de los ingleses y el Rif de los moros, donde se hace correr española sangre en una guerra imbécil.

Por nuestro costado, en dirección de la costa africana, pasa, á toda máquina, un correo. Soldados españoles nos saludan desde cubierta con sus pañuelos y sus gorras. Van á cu-

brir bajas; á dar carne fresca á las fieras, que, á garrazo limpio, defienden sus cubiles.

Allá van, jóvenes, vigorosos, con las venas llenas de sangre y los músculos de poderío. Allá quedarán muchos, sobre los riscos, para festín de buitres; bajo la tierra infértil, para sustento de gusanos. Otros regresarán desangrados, inútiles. Pagaron unos y otros de este juego á la gran nación, que juegan con vidas mozas los gobernantes españoles.

¡Brava empresa la de éstos!... A título de civilizadores, nos meten en la tierra extranjera, para colonizarla. Mejor les fuera ocuparse en colonizar y civilizar nuestro país, tan necesitado de ambas cosas.

¡A título de mejores, embestimos con los rifeños! Si título semejante sirviera á justificar atentados, bien podían emplearlo, para embestir contra nosotros, las grandes naciones europeas. Ya lo han hecho. En el horizonte se dibuja ahora Gibraltar...

Está el mar azul bajo la quilla del *Felisa*. En un cielo, tan azul como el mar, luce el sol, que asciende á su cenit hecho hostia de

lumbre; nubecillas de ópalo flotan por el espacio; pintadas gaviotas revolotean sobre el buque, siguiendo desde el aire su estela, dejándose caer á veces sobre la corredera, que voltea á distancia; junto á ella bucean; luego abren las alas, las sacuden contra el Mediterráneo y tornan á ascender, reflejando en su plumaje las caricias del sol.

Ráfagas suaves, que llegan de Levante, estremecen la atmósfera y rizan las ondas con ricillos de plata. Olas minúsculas, de juguete, rompen contra los costados del *Felisa* en dulces suspiros, en deleitosas cantinelas; sobre el cóncavo de estas olas, diáfanas, transparentes, se descomponen los rayos de luz, como sobre un prisma, reflejando todas las facetas del iris. El Mediterráneo es un joyel; sus espumas son plumones de cisne los que el viento empuja hacia el fondo del horizonte, para amontonarlos en él y mullir el lecho donde Venus se ofrece, coronada de perlas, al disfrute de los dioses olímpicos.

Junto á la diosa, apoyado en los nácares de una concha, acecha Cupido, arco en diestra,

el viaje de los inmortales. ¡Ay de quien cerca lleguel Al corazón irá la flecha; de amor quedará herido; de rodillas suplicará un abrazo á la diosa, recostada contra los plumones de cisne. Ascendió Venus de los fondos mediterráneos, dentro de un cierre de corales. La poesía abrió el cierre con sus manos augustas, para mostrarnos la Belleza hecha carne viva de mujer, bajo el cielo único que la podía adoselar: el cielo de Grecia.

¡Qué diferencia entre el Mar azul y los mares que atrás dejé, sombríos, plumizos, rugidores entre cantiles hoscos. Aquellos mares se oponen al viaje de los buques; aquellos cantiles forman bloques, muros impenetrables para que los ojos humanos no penetren por ellos; para que el pie humano no los pise.

El Mar azul, no. Dóciles se tienden sus ondas al paso de los buques; más que entorpecer su camino, lo allanan; ante los buques van las olas saltando; ante ellos regirán en juego de achiquillados remolinos. La costa es suave, con playas de finísima arena, donde asientan pueblecillos hospitalarios. El viento

es cantor de placeres; las nubes flotan en la atmósfera, como gasas que la mano impaciente de un dios arrancara al cuerpo de Venus, para gozarla en franca desnudez. El sol deposita sobre esas gasas, opalizándolas, el oro de su luz. Saludo es, con que el astro rinde á la diosa pleitesía.

¡Mar azul, Mediterráneo de los poetas; camino por donde el alma griega se lanzó á la conquista espiritual del mundo, ¡bien hayan tus ondas, en cada una de cuyas vibraciones hay un canto al progreso! ¡Bien hayan tus espumas, en cada una de cuyas salpicaduras hay un beso de amor!...



Añoranzas

Desde el puente veo surgir por entre las aguas la ciudad levantina donde transcurrió mi niñez. Bajo su tierra pudre mi engendrador; allí quedó el soldado que la guerra inutilizara; de allí salió el hijo, casi mozo, con la voluntad y el pensamiento apercebidos á la conquista de la gloria. Llevaba buen apoyo: el amor santo de la madre, el amor que perdona siempre. También pudre tierra ese amor.

¡Cuántos años han transcurrido desde entonces!... Frente á mí, se alza el Alicante de mi ayer, y con él, mi ayer todo entero. La brisa juega con mis cabellos canos; hermana es de otras brisas que enroscaron y desenroscaron

los rizos de mis cabellos rubios; el cielo azul se tiende ante mis ojos, dilatados por el recuerdo; y mis ojos se nublan y sobre ellos descienden, lentamente, los párpados, y dos lágrimas ruedan por mi rostro. La brisa las recoge y un rayo de sol las evapora.

Es toda mi existencia la que voy andando hacia atrás, mientras el *Felisa* avanza sobre el Mediterráneo, y Alicante va destacando de él, con sus azoteas morunas, con sus edificios nacarinos, con su gallardo palmeral, con su playa de arenas suaves, con su atmósfera limpia, donde el viejo castillo se recorta boqueteado y hosco.

A mi derecha, el Postiguet, la playa idílica de mis amoríos muchachiles; sobre ésta, el *Rabal Roch*, falda épica donde contendíamos estudiantes y pescadores á hondazos y puñadas. Entre playa y sierra, el Instituto... En él comencé mis estudios. Aún creo ver sobre el escalón de la puerta, la figura del buen abad D. Francisco Penalva, con su negra sotana y su carilla de marfil. Noble y querido viejo, modelo de santas criaturas, en quien tomó carne

el victorhuguiano Myriel, ¡á tu memoria va mi primer saludo!

Recuerdo la mañana en que, luego de cometer yo una gran travesura, me reprendió, el anciano abad con su voz dulce, que, hiriéndome el alma, me hizo caer de rodillas ante los compañeros y pedir, entre lágrimas y sollozos, el perdón de mi culpa.

—¡Ay, Joaquinito, Joaquinito!—exclamó el abad, levantándose con sus brazos y apretándose contra su pecho.—¡Extraña criatura eres! Un ángel y un demonio riñen dentro de ti. ¿Quién de ellos triunfará? En verdad, lo ignoro. Perdonado estás—añadió. Y su mano bendijo mi cabecita rubia.

Quizás hoy, á vivir el abad, bendeciría nuevamente mi cabeza canosa. Quizás, tras oírme hiciera pregunta igual que entonces, y quizás tampoco le fuera posible contestarla.

La lucha sigue, buen abad. Ignoro quién vencerá, si el demonio ó el ángel. Son muy tercios los dos. Lo cierto es que uno y otro traen mi vida en martirio.

De cara al puerto, entre palmeras, descu-

bro la casa por cuyos balcones asomaba la cara morena de mi novia. ¡Qué mozuela tan gentil y tan pícaral... Un beso que me dió cierta noche, me cosquillea ahora en los labios con sabor á temprana fruta. Tenía el pelo á ondas, los ojos de un azul sombrío, la boca grande, con labios rojos y blanquísimos dientes... ¿Qué habrá sido de ella? ¿Qué viaje habrá hecho por el mundo?...

El *Felisa* da fondo. Como un espejo brilla el mar, transparentando la quilla de los buques surtos en el puerto; el sol diamantiza las ondas; la brisa besuquea los mástiles; las gaviotas revolotean en el aire ó chapucean en las aguas. Una paz infinita, una serenidad augusta se desprende del cielo.

Con la frente hundida entre los puños y los ojos fuertemente cerrados, miro dentro de mí.

Por dentro de mí van pasando, como en cinematógrafo, los sucesos de mi existencia. Amores, desengaños, triunfos, derrotas...; los buenos y los malos días, las malas y las buenas acciones... Es una visión, á cuyo término sólo queda una imagen firme, flotante sobre

fondo negro. Es una rama de laurel, por cuyas hojas cae rocío de lágrimas...

Al pie del muelle, sabedores de mi llegada, esperan algunos amigos de la infancia y un amigo nuevo, Juan Pérez Asensio, consignatario del *Felisa*, hombre de buen ingenio y de versallesca cortesía.

A su cortesía y á su ingenio rindo tributo desde aquí.

Cosa rara; no, cosa natural: el amigo nuevo va presentándose á los viejos amigos. De no irlos nombrando él, no los conocería yo. Tampoco ellos me conocieran, si buscaran en mí, como en ellos yo, al escolar de hace treinta y cinco años.

¡Viejos amigos!... ¡Al igual de los míos, ya vuestros cabellos platean! ¡Igual que en mi rostro, triunfan las arrugas en el vuestro! ¡Somos aún; pero somos como aquellos gánguiles del contramuelle que visitábamos en la infancia, buques inútiles, arruinados, descomponiéndose bajo el viento y el sol.

¿Os acordáis de aquellos barcos? Por de fuera, eran ruina. Por de dentro, entre sus ro-

turas, caries y desgarros, guardaban rincones de poesía y de belleza.

Los chicuelos de entonces, nos desnudábamos, nos tirábamos de cabeza al agua y, por bajo de ella, buceando, asaltando peligrosos boquetes, penetrábamos en el interior de los gánguiles, trepábamos por las costillas de su casco y nos encaramábamos á espacios aún no sumergidos, alfombrados con terciopelo de algas, bordados con policromos nácares. Rincones eran de misterio y dulzura; á ellos se acogía nuestra niñez para soñar leyendas, entre besos de espuma y entre partículas del sol...

Como entrábamos, de muchachos, por aquellos barcos roídos, entremos hoy por nuestras almas, amigos del ayer, buceemos en el recuerdo. Busquemos juntos los rincones de poesía y de belleza que aún viven en nosotros. Hagamos un alto en esta lucha de todas las horas, de todos los segundos...

¡Vuelva á nosotros nuestra infancial ¡Vuelva nuestra risueña mocedad! ¡Evoquémoslas frente al *caldero* de picante sabor, junto á lo

vasos, teñidos por el mosto de los viñedos de Alicante!... ¡Seamos jóvenes, una vez más siquiera!...

Allá el ángel y el demonio, de que nos hablaba el buen Penalva, resuelvan en definitiva su pleito, á la hora suprema de la mueret...



En tierra.

Málaga no es Málaga. Me ha estafado por esta vez. Su cielo azul rabioso se ha vuelto antipático manchón gris, que suda churreta-zos de lluvia; su mar se encrespa en olas de fango, en espumarajos purulentos; el Guadal-medina se desborda, convirtiendo los andenes del puerto en laguna y las calles en charca; el agua cae por los canalones, para ducha de transeuntes. Hasta frío hace; un frío modesto, claro es; al frío en Málaga no le permiten lujos.

Tristes serían, para mí, las horas de este embotellamiento, á que nos somete el temporal, si amigos, ricos en cortesanía é ingenio, no me las alegraran con sus invitaciones, en todas

las cuales—para que mi gratitud no tenga límites—han ocupado sitio de honor los tripulantes del *Felisa*.

Paco Fuentes, que prepara, recorriendo la Andalucía, su expedición á América, nos ofreció un *Hamlet* de verdadera gala artística. El personaje de Shakespeare halla en el actor granadino intérprete genial; Fuentes hace vivir sobre el escenario al príncipe de Dinamarca, al símbolo trágico del desengaño y de la duda.

Narciso Díaz de Escovar, improvisó en la Academia de Declamación una simpática velada. Frente á mí desfilaron en gallarda legión los alumnos y alumnas de esa Academia, que cuenta entre sus glorias á Rosario Pino, á Santiago, á Tallaví, á Thuiller... De esa Academia, mantenida por el esfuerzo particular, regida gratuitamente, sin nombramientos de real orden, por Escovar y por Borrero, han salido grandes actores. Del Conservatorio Nacional... Puede que con la cátedra de Catecismo, inventada por el doctor Gimeno, consigan los del Conservatorio alguna gloria extraterre-

na. De glorias terrenales continúan ayunos.

La juventud, que actualmente se grana en la Academia malagueña, es fecundo plantel de artistas; á mayor abundamiento, son las muchachas como soles. Mi hijo se encargó de florearlas por los dos. Yo hice de señor grave, y si no les di algún consejo, fué porque, aun cuando voy ya para viejo, no voy todavía para ridículo.

Pasé el día y parte de la noche, hasta la madrugada, en la casa de Arturo Reyes, el compañero alegre de antaño, el glorioso novelador, que todavía conserva bríos y alientos moceriles dentro de su cabeza mora, endoselada por un matorral de cabellos blancos.

Primero me presentó á la obra de su carne, á su hijo Adolfo, mozo de veinte años, que es todo un escritor de enjundia, de recia personalidad. ¡Qué grato es verse remozado espiritual é intelectualmente en las criaturas que uno engendral Oyéndome ensalzar á su hijo, lloraba y reía Arturo Reyes, con risa y con llanto infantiles.

Sobre una mesa estaba *De mis parrales*, la

última novela parida por la musa pícaro-romántica, netamente española, del autor de *Cartucherita*.

Figura Arturo Reyes en el número de mis autores predilectos. Todavía es de aquéllos—pocos nos van quedando—que buscan sus inspiraciones en los paisajes por ellos vividos, en los hombres que tratan, en las pasiones con que á diario chocan.

Es su literatura, producto de una directa observación, de un fiel contraste, de una personal experiencia; de ahí que nos convenza y nos conmueva. Sólo escenas que el artista haya presenciado, pueden traer á su pluma rasgos de sinceridad y verismo. Sólo emociones que el artista haya por sí propio padecido ó gozado, pueden hacernos, cuando el artista las transmite al lienzo, al mármol, á la cuartilla ó al pentágrama, padecer ó gozar.

Las impresiones reflejas, las que se ofrecen al público en calco, valen poco é interesan menos. Podrá la moda ofrecer á ese arte de estarse, un auge momentáneo; podrán, los que medran con su cultivo, aprovecharse de la ac-

tualidad, dar por firmes los circunstanciales elogios y hasta creerse personajes de nota.

Bien hacen y mejor harán, todavía, en aprovechar la ocasión que la actualidad les ofrece para vivir en genios. Algo es algo, dure lo que dure. Aprovechense, amigos; cuando la moda pase, ustedes y sus obras también pasarán, para mostrarse en las bibliotecas como los figurines anticuados en las prenderías, ridículos por fuera y sin carne por dentro...

Pasiones é ideas son comunes á los hombres de todos los países; pero en cada país, tienen modalidad, expresión distinta. También el sol es pertenencia común de todos los países. Ello no obstante, oro es el sol en el Mediodía, de palideces limonasas se tiñe en los climas del Norte; abrasa en los africanos desiertos; apenas caliente en las cercanías del Polo.

Si un pintor, al mostrarnos sobre un lienzo la Naturaleza levantina, nos diera el espectáculo de un sol pajizo y de un mar gris, nos reiríamos de su mentecatez. Escritores hay que ponen, en personajes de la española tierra, almas noruegas y corazones esquimales.

De éstos nadie ríe aún en voz alta; ello ocurrirá un día ú otro. La carcajada va á oirse en todo el orbe.

De mis parrales es un brillantísimo espejo, donde Reyes, refleja el alma del pueblo malagueño, con toda sus bravuras y todas sus ternezas; con todos sus grandes amores y con todos sus grandes odios.

¡Visión hermosa la que nos ofrece el poeta en esta nueva obra de su pluma!

Yo, que con él he recorrido los barrios populares de Málaga, visitando las tabernas donde se reúne la *gente de bandera*; entrando en los huertos donde, al rayear de la luna, bailan y cantan las hembras *de Manila* en talle y flor en moño, los mozos de tufo en sienes, marsellés en cuerpo y faca en cinto; yo, que muchas veces, oculto en el ángulo de una pared, oí frases de amor, filtrándose por entre las flores de una reja, frases de celos, vibrando en la niebla, y frases de odio, relampagueando en la obscuridad, al son de cuchillos, rencorosamente chocados, admiro la franca verdad, la sinceridad noble con que Reyes nos presenta á sus atra-

yentes modelos en las páginas de sus libros.

Como las raíces se hunden en la tierra, donde el árbol nació, para recoger de ella los jugos que al árbol darán vida, así Reyes hunde en la tierra malagueña sus raíces espirituales, para que su obra literaria perdure y llegue á la admiración de los públicos lozana, pletórica de andalucismo.

¡Bien haya él y bien hayan las horas que platicando hemos pasado juntos, creyéndonos jóvenes por obra del recuerdo, como creíamos, por obra de artísticas evocaciones, que era la Málaga de los cielos sin nubes, de los mares sin olas, la Málaga de este día triste, en que la lluvia cae y cae á torrentes sobre el desbordado Guadalmedina.